

CLAUSTROFOBIA

por:

ERASMO

Siempre apagaba la luz. Ni bien se abría la puerta, mis manos se encargaban de acabar con aquel resplandor que tanto me despreciaba. Off, y la penumbra transformaba nuestros volúmenes en generosas planicies por explorar.

Nunca me gustó contemplar mi desnudez, ¿sabe? Ese huesudo animal con un nudo en el estómago y seis centímetros de hombría, jamás lo reconocí como parte de mí. No se lo confesé, claro; pues mis dedos también delataban en la penumbra las miserias que ajaban su cuerpo: abultadas carnosidades, un par de senos que luchaban por emigrar al centro de la tierra y esqueléticas cicatrices que dejaron sobre su vientre cesáreas mal practicadas.

Nuestra noche artificial también nos permitía pasar por alto los clandestinos nidos de lujuria que respiran en la avenida América. Cada martes, esos olorosos

universos habitados por despotricados catres metálicos y colchas de alpaquita endurecidas por urgencias ajenas eran nuestro refugio.

Licen, que tal un cafecito a la salida.

Mmm..., Taborguita, creo que un café con lechita calientita me caería de peli.

Susanita, usted ya sabe..., la leche está siempre hirviendo en mi cafetera, le susurraba. Minutos después, la batalla estallaba en las escabrosas sucursales del pecado.

Debo confesar que no era una relación sencilla; debíamos guardar las apariencias, ser cuidadosos para que lo nuestro no llegara a los oídos del gerente, su suegro. A veces, hasta de tácticas de tipo militar se requería, ¿sabe?

La metodología era casi siempre la misma. La lic salía primero del banco y me esperaba cuatro cuadras más allá, en un callejón: con el coche encendido, la cajuela abierta y envuelta en una peluca que cada semana cambiaba de color. Yo llegaba a la entrada y me detenía allí, sudando como pescado al vapor. Encendía un cigarrillo, constataba que no había nadie cerca y sólo entonces corría hacia el auto, brincaba hacia la cajuela, me enrollaba en su interior y listo..., se iniciaba mi tormento. ¿Sabe?, jamás me animé a decírselo, pero soy claustrofóbico. Es un resabio que dejaron en mí los ingeniosos escarmientos de mi padrastro cuando yo era niño. El muy cabrón solía meterme en cajones de cartón, sellaba las tapas con diurex y me dejaba allí mientras él se desfilaba a la vecina. ¡*Ahh!, jahh!; jasi, así..., déme bien duro mi Calimán!*, chillaba la mujer. De rato en rato ella se acercaba a mí cuarto, arrastrando a su paso el olor del sexo. *No eres mariconcito,*

no papacito. Ahí te me aguantas calladito un ratito. Quién sabe, hasta tu mamita podría ser. Y luego volvía al laburo. ¡Ahh!, ¡ahh!; ¡más, más; potro andino!

Ahora, claro; yo digo, ¿no?..., quién podría juzgarle. Después de todo un hombre hace cualquier cosa por un culito. Pero bueno, ése es orín de otro tacho, ¿no cree?

Lo cierto es que en la relación con Susanita, las ideas salían de ella; yo sólo seguía a pie juntilla su juego. ¿Cómo no hacerlo? Qué me importaba estar ahogándome cada martes dentro de esa cajuela de mierda, abrazado a la llanta de auxilio junto a los aparecidos de mi infancia. Al final, mi mayor recompensa se hallaba entre sus piernas. Nunca tuve un gran éxito con las mujeres, ¿sabe? Por eso la cosa era mentalizarse dentro de la cajuela de ese Mercedes. *Tranquilo, tranquilito, Taborga... No seas marica, ya llegamos, ya casi.*

Ella planificaba nuestros encuentros hasta en el último detalle, ¿sabe? La primera vez hasta me lo dibujó en un papelito: *Instrucciones a seguir para el cafecito: a) Mantener bien limpia la cañería, OjO. b)...* Creo que la excitaba elaborar tanta estrategia, no por nada era doctorada en el primer mundo en negocios para el tercer mundo.

Este pecado requiere de constante reingeniería, Taborguita, me decía, mientras alocada me volvía a arrancar los calzoncillos con los dientes para idear entre mis piernas un nuevo plan de fuga del motel.

Para mí lo complicado era mantener el secreto en el banco, ¿sabe? Después de todo, allí era un programador de sistemas sin más trascendencia en la vida que la

de una cucaracha en medio del Polo Norte. *Ay, pobre cojudín, ¿no ve? Demasiado cagaleche como para salpicar los ovarios de una hembra.* Murmuraban, se reían en los pasillos. Yo los escuchaba mordiéndome la lengua hasta hacerla sangrar. Me moría de ganas de escupirles en sus caras ese rojizo caldo envenenado. *¿Saben?, el pajero de sistemas se tira cada martes a la jefa de Recursos Humanos... Je, je, je.* Bueno, la verdad es que ella me tiraba a mí. Lo hizo desde aquella primera vez que los tragos me acercaron a sus piernas. Fue en la inauguración del nuevo edificio administrativo del banco. Yo estaba borracho, ella también. La encontré en el corredor y sin saber por qué le lancé un piropo. *Lágrima de la noche, llueve mi planeta.* Ella me apretó los huevos y me arrastró al cuartito de servicio. Me dio pavor esa estrechez, apague la luz.

Sabe, lic; tengo que decirle algo. Es que de niño, ehh; mi padrastro... Cajón..., espacios cerrados...

¡Shh..., Taborga!, porque mejor no se come la peluda de abajo.

Me hizo arrodillar, se levantó la falda y allí se me olvido la famosa claustrofobia. Era mi cura, ¿sabe? El cielo se acordaba de mí... *¡Aleluya!* Que equivocado estaba.

Creo que Dios se divierte con nosotros desde su infinita soledad, ¿sabe? Somos sus peleles, no los retoños que nos quieren hacer creer desde los púlpitos.

¿No me cree? A ver, yo le pregunto, ¿qué clase de padre, pues, se desgañitaría tanto inventando nuevas formas para joder la vida de sus hijos aquí en la Tierra, tal y como lo viene haciendo Él desde el principio de los tiempos? Que Satanás,

que los 10 mandamientos, que el Sida, que Wall Street... No hay límite para su imaginación. Sólo fíjese no más en la situación en que Dios nos ha metido a usted y a mí.

¿Le digo una cosa?, diviso al gran creador con la panza rebosante y las manos entretenidas en sus divinos huevos; sentado sobre su nube de poder, observando a sus insectos en una pantalla plana digital de unas 120 pulgadas. *A ver, a ver: ¿a quién jodo hoy?*

Cierro los ojos y lo distingo, clarito, ¿sabe? Está bostezando, sacando de su sacrosanta manga la aguja descomunal que utiliza a diario para pinchar a unos y hacer cosquillas a otros; ya para ponernos zancadillas, ya para hundirnos en lo más profundo del fango cuando ya no le divertimos más. Ya ve, ni su heredero, Jesús, se salvó de esa pinche saeta.

En fin, no vaya a creer que le estoy dando vueltas al asunto que nos congrega. Sólo quiero que le quede claro que la celestial aguja ahora se posa sobre mi cuello; no es este pedazo de vidrio, no es mi mano que la sostiene, no soy yo. ¿Entiende? Al final, en este caso sólo soy un títere más de los designios del barbudo de los evangelios.

Mírela, no me diga que el manto de la muerte no la hizo más bella. ¿Sabe?, nunca me imaginé mandando al otro mundo a nadie, en especial a Susanita. Me siento..., que sé yo, una extensión más de la aguja justiciera de Dios. Qué ironía, ¿no cree?

¿Sabe?, la claustrofobia resume en pequeño lo que será el fin del mundo. Los muros del universo se abalanzan sobre uno. Una sensación horrible aplasta el cuerpo. Te acorrala, te deja sin aire... Hace unas horas, mi fin del mundo llegó.

Susanita, sácame de aquí, ya llegamos ¿no?...

Susanita, ¡sácame de aquí!

¡Abra la cajuela, carajo!

Yo pateaba, arañaba, me ahogaba..., lloraba porque esa estructura metálica invadía mi cuerpo. A mi lado estaba mi padrastro; lo juro, lo vi claramente. Se culeaba a Susanita. Se reían ambos. *¡Ahh, ahh, Calimán!*

Tranquilo, Taborga, no haga escándalo. Se trancó la llave. Un ratito, ya abro hombre. No grite, no sea maricón.

Cuando abrió la cajuela, yo no era el mismo. Nunca más seré el mismo.